

— Pues si la ley ha creado esos homicidios, dijo la muger, que ahorquen á la ley; y si no que ahorquen á un legista, que esto no seria una gran pérdida para el pais.

En esto les llamaron á comer, y se cortó una conversacion que tomaba un sesgo tan poco favorable á la jurisprudencia y á sus profesores, de quienes Saddletree era gran partidario.



CAPITULO III.

Butler, saliendo de la tienda de M. Saddletree, se dirigió á casa de uno de sus amigos dependiente del tribunal, para hacerle algunas preguntas sobre la suerte de Effir Deans, por la que el lector habrá observado ya que Butler tomaba un interés particular, y mayor que el que podia inspirarle la sola humanidad: pero desgraciadamente no le encontró. Lo mismo le sucedió con otros dos ó tres sugetos á quien fue á ver con el mismo objeto. Se habia discutido de tal modo el suceso de Portewe durante todo el día, que todos los galillos estaban secos, y para humedecerlos sin interrumpir la discusion, todo el mundo se habia reñido en las tabernas. Butler no queria dejar á Edimburgo sin ver á la joven Effir, pero no queria que lo supiese Mistriss Saddletree, y como la puerta de su tienda estaba precisamente enfrente de la de la cárcel, determinó esperar á que se hiciese de noche.

Cuando creyó que ya no seria visto, se dirigió á la cárcel, y pidió al carcelero que halló

cerrando la puerta exterior, le permitiese ver á Effir Deans.

-- Nadie puede entrar ya, le contestó el carcelero quitándose el sombrero por respeto á su carácter.

-- ¿Vos cerrais la puerta antes de la hora acostumbrada, á causa tal vez del suceso de Portews?

El carcelero le hizo una seña con cierto aire de misterio, y como un hombre que quiere dejar sospechar lo que no quiere decir, y continuó su operacion.

Butler, no habiendo podido lograr su objeto, determinó volver al lugar de su residencia, que era un pueblecito á dos millas y media al Sur de Edimburgo.

Esta ciudad estaba entonces rodeada de murallas, y sus puertas se cerraban regularmente todas las noches. Sin embargo, una débil gratificacion á los guardas, facilitaba la entrada ó la salida á cualquiera hora que fuese, y á cuyo efecto habia un postigo en el batiente de la puerta. Aunque esta gratificacion en sí, era poca cosa, para Butler era mucho; y así viendo que se acercaba la hora de cerrar las

puertas, se dirigió á la mas inmediata, para evitar el pagar dicha gratificacion, aunque esto le obligase á hacer despues un gran rodeo. En efecto, llegó antes que se cerrase la puerta, y bien pronto se halló en el arrabal de Portsburg, habitado regularmente por artesanos y por el pueblo bajo. Allí su marcha fue interrumpida de un modo que no esperaba.

A pocos momentos de haber pasado la puerta, vió con la mayor sorpresa un tropel inmenso de gente que llenaba toda la calle, y que á grandes pasos se dirigia ácia la ciudad, precedido de un tambor que tocaba la llamada. Mientras buscaba el modo de evitar el encuentro de una tropa, que no parecia reunida con buenas intenciones, dos hombres se adelantaron ácia él y le detuvieron.

-- ¿Sois eclesiástico? le preguntó uno de ellos.

-- He recibido las órdenes sagradas, pero no estoy colocado.

-- Es preciso que nos sigais; le dijo el mismo con un tono atento, pero decidido.

-- Señores, les dijo Butler, yo vivo á alguna distancia de la ciudad.... los caminos no estan nada seguros por la noche... y así os suplico que no me detengais.

Se os acompañará á vuestra casa si que-
reis... no temais... no perdereis ni un solo
cabello de vuestra cabeza; pero es preciso que
nos sigais.

— Pero señores, ¿qué necesidad podeis tener de mi? Me persuado que tendreis la bondad de decirme...

— Todo lo sabreis á su tiempo; pero no hay remedio: es preciso seguirnos, pero os advierto que no mireis á derecha ni á izquierda y que no trateis de conocer á nadie. Considerad todo esto como un sueño.

-- ¡Ojalá fuese un sueño, dijo para si Butler; pero no teniendo ningun medio ni para resistir ni para evadirse, se conformó con la suerte. Entonces le colocaron á la cabeza de la tropa detras del tambor, entre dos hombres que parecian sostenerle para ayudarle á marchar, porque en efecto era para que no se les escapase.

Durante aquella conversacion, una parte de la tropa corrió á la puerta, y se apoderó de ella; y cuando entraron los demas, la cerraron, asegurándola por mas precaucion con fuertes clavos, que al parecer llevaban de prevencion.

Entretanto Butler, no pudo menos de ver

aun á pesar suyo, varios de los individuos que le rodeaban, cuya mayor parte estaban disfrazados con otros trages, que los que les correspondian por su clase ó por su costumbre. Se veian entre ellos algunas mugeres, pero cuya voz y talle indicaban que no tenian de este sexo mas que el vestido. Una de ellas respondió al nombre de Wildfire, y este nombre se repetia muy amenudo: en fin, esta tropa parecia obrar conforme á un plan concertado, pues que tenian sus señas, sus órdenes y sus gefes con nombres fingidos, pero que todos conocian.

Dejaron un pequeño destacamento para guardar la puerta, y se dirigieron á la Cowgate, de la que se apoderaron con la misma facilidad, y colocaron igualmente otro destacamento. En ambas puertas encerraron á los que las guardaban en sus respectivos cuerpos de guardia, sin hacerles daño alguno; pero amenazándoles con la muerte si intentaban escaparse; y para evitar que los hombres que componian los destacamentos fuesen conocidos, se dispuso que estos se paseasen á cierta distancia uno de otro, pero bastante cerca para socorrerse en caso necesario.

Aun les quedaba que tomar la puerta de Nerbon que separa la ciudad del Arrabal de Ca-nongate, punto sumamente importante para la egecucion de su proyecto, en atencion á que en dicho Arrabal se hallaba acuartelado un regimiento de infantería, que entrando en la ciudad podria disparles en un momento. Con la mayor precipitacion y silencio se dirigieron á ella y la cerraron con las mismas precauciones que las otras, dejando sin embargo, un destacamento mas fuerte, proporcionado á la importancia del puesto.

Cuando Butler encontró aquel tropel de gente armada, apenas constaba de cien hombres; pero en el momento que hablamos tenia ya algunos miles, pues que se habia engruesado con todo el pueblo bajo de Edimburgo, puesto en movimiento por el tambor y por las voces que instaban á los buenos escoceses á que se uniesen á los insurgentes. Toda esta gente estaba armada con palos, con hoces y con algunas viejas espadas; pero los gefes sabian muy bien de donde habian de sacar mejores armas. Se trataba nada menos que de desarmar la guardia de la ciudad y apoderarse del depósito de armas que habia en el cuartel. Inmediatamen-

te se dirigió á aquel punto el grueso de los amotinados; pero esta formidable insurreccion fue tan rápida y tan poco esperada, que apenas se encontró en el cuartel una pequeña escuadra de seis hombres mandados por un sargento. Era imposible creer que unas fuerzas tan limitadas opusiesen ninguna resistencia á un tropel de gentes tan numeroso y tan decididas. Con todo, el soldado que estaba de centinela á la puerta, les dió el *quien vive* y les intimó hacer alto; pero viendo que se adelantaban ácia el cuartel, encará su fusil en ademan de hacer fuego sobre los primeros que se adelantaron; pero esto no fue mas que una demostracion para amedrentarles, pues que no tenia ni un cartucho. La pretendida amazona, que tomaba el nombre de Wildfrit, y que se multiplicaba á fuerza de actividad, hasta el punto de hallarse al mismo tiempo en todas partes, se arrojó sobre él y le arrancó su fusil. Los demas soldados se dejaron desarmar sin hacer resistencia, y la muchedumbre se apoderó del cuartel sin disparar un tiro. Se observó que aunque aquellos mismos soldados habian hecho fuego sobre el pueblo el día de la egecucion de Wilsson, sin embargo, no recibieron ningun mal trato;

parecía que la venganza de los insurgentes despreciaba el emplearse en lo que no había servido mas que de instrumento de aquel acto arbitrario.

En el instante que se hicieron dueños del cuartel, rompieron todos los tambores para impedir que se sirviesen de ellos para dar la alarma á la guarnicion de la ciudadela, así como habian hecho callar el suyo cuando vieron que no era necesario para aumentar el número de los insurgentes que crecía por momentos; y distribuyeron las armas á los mas determinados, y mas diestros en su manejo.

Hasta aquel momento solo los principales conjurados sabian el verdadero objeto de la insurreccion, pero habian guardado el mayor silencio; los demas, si lo conocian ó lo sospechaban, callaron igualmente; pero en el instante que aquellas operaciones preliminares fueron concluidas, se oyeron unas voces espantosas que decian: ¡ Muera Portew! ¡ A la cárcel!

Apesar de este nuevo arrebató de furor, procedieron con la misma prudencia que empezaron. Desde luego colocaron fuertes destacamentos en todas las calles que conducian á la

cárcel, y en las inmediaciones de ésta, de modo que este edificio, se halló rodeado por todas partes, y los que estaban encargados de romper las puertas no tenian riesgo alguno de ser interrumpidos.

Entretanto los magistrados alarmados se habian reunido en una taberna para buscar medio de reunir una fuerza capaz de reprimir la insurreccion; pero los gefes de los diferentes barrios anunciaron que todos sus esfuerzos serian inútiles, pues que la insurreccion amenazaba á un solo hombre odiado de todo el pueblo, al mismo tiempo que se respetaban las personas y las propiedades de los demas habitantes.

M. Lindsay, miembro del parlamento, y representante de la ciudad de Edimburgo, se ofreció á encargarse de la peligrosa comision de llevar al coronel Moyle, que mandaba el regimiento acuartelado en Canongate un regimiento verbal de parte del lord Preveste de la ciudad, para que se apoderase de la puerta de Neterbow, y entrase á restablecer la tranquilidad en el pueblo; no quiso encargarse de llevar ninguna orden por escrito, de miedo que le sorprendiesen con ella los insurgentes, y le

hiciesen algun insulto. Llegó en efecto al arabal de Canongate despues de haber hecho un grande rodeo para salir dela ciudad por una puerta de que no se habian apoderado los insurgentes por éstar lejos del punto de sus operaciones; pero el coronel Moyle, instruido por el egeemplo de Portews, del riesgo á que se espone un gefe militar escediéndose de los limites de su deber, y no viendo ninguna órden por escrito, se negó á poner en moviemento su tropa por solo un requerimiento verbal, no queriendo tomar sobre sí la responsabilidad, aunque protestó que estaba pronto á obedecer á toda órden ó requisición legal que se le comunicase por la autoridad competente.

Le mandaron igualmente varios mensajeros al comandante de la ciudadela requiriéndole hiciese marchar sus tropas sobre los insurgentes, ó que tirase algunos cañonazos para limpiar las calles; pero todas las avenidas estaban tan bien tomadas, que ninguno de ellos llegó á su destino. Todos fueron detenidos; pero se les puso inmediatamente en libertad sin hacerles el menor daño; mas previniéndoles que serian ahorcados si se encargaban de una segunda mision.

Se tomaron las mismas precauciones para que ningun habitante decente del pueblo anduviese por las calles. Los que se encontraban eran conducidos á sus casas con el mayor respeto, pero se les cominaba con las mayores penas si volvian á salir. Algunas señoras que por casualidad salian de sus reuniones y encontraban aquel tropel en la calle, fueron respetadas. Los gefes mismos les ofrecian hacerlas acompañar, para impedir que algunos de los insurgentes no deshonrasen su plan sistemático de venganza, entregándose á los excesos que son tan comunes en semejantes casos. Parecia que los conjurados, semejantes á los que asesinaron en otra ocasion al cardenal Beatgan, se imaginaban que iban á egecutar una sentencia pronunciada por el cielo, la que aun cuando no estuviese sancionada por la autoridad civil, exigia cierto órden y cierta solemnidad. Mientras que los diferentes destacamentos apostados en las calles egercian una vigilancia activa, y sin que el temor ó la curiosidad de ver lo que pasaba en otra parte les distrajesen del principal objeto de su encargo, una tropa escogida se dirigió á la puerta de la cárcel, pidiendo á grandes voces que la abriesen; pero

viendo que nadie respondia, empezaron á bati-
tirla con martillos, con barras de hierro y con
palancas. Sin embargo, la puerta era de enci-
na, guarnecida de clavos con cabeza redonda;
sus goznes y cerraduras eran de la mayor so-
lidez, y ademas estaban apoyadas por dentro
por gruesas barras de hierro, y así burlaba
los esfuerzos de los insurgentes, á pesar de que
se renovaban los que la batian, á proporcion
que se cansaban:

Esta operacion iba con mas lentitud que
la que se presumió al principio, y llegó á
temerse que los magistrados tuviesen tiempo
para reunir una fuerza suficiente á dispersar á
los amotinados, ó que el ruido que se hacia á
la puerta de la cárcel, atrajese la atencion de
la guarnicion de la ciudadela, y aun corrieron
voces de que tomaba las armas, y se dispo-
nia á bajar á la ciudad.

Con este motivo se redoblaron los esfuer-
zos contra la puerta, pero sin obtener ningun
resultado. En fin, se oyó una voz que decia;
es menester prenderla fuego. Inmediatamente
se buscaron materiales para quemar la puerta.
Una barrica que habia contenido alquitrán fue
hecha pedazos, y arrimados á la misma puer-

ta, se les prendió fuego. En el mismo instan-
te se levantó una inmensa columna de llamas,
que iluminaba las caras feroces de los faccio-
sos y los rostros pálidos de los vecinos inquie-
tos, que desde sus ventanas miraban con asom-
bro lo que pasaba. Bien pronto una nueva gri-
teria anunció que la puerta ardia ya: enton-
ces suspendieron al instante el fuego con nue-
vos combustibles; pero antes que estuyese del
todo quemada, los mas intrépidos de los in-
surgentes, se arrojaron al través de sus des-
pojos aun inflamados, y penetraron en la cár-
cel en busca de su victima.

